

1





ENERO DE 1453

El infierno eran las fiestas.

Al menos Radu estaba bastante convencido de que, más allá de cómo fuera el infierno, lo más probable era que se asemejara a esta fiesta.

La música flotaba como el perfume sobre el aire, lo suficiente como para endulzar el ambiente, pero no para agobiar a los invitados. Grupos de músicos estaban diseminados a lo largo de la isla; se vislumbraban por el verde prado que había resistido a los meses de invierno. Aunque el plato principal llegaría después, sirvientes vestidos de azul circulaban entre el gentío con bandejas en forma de nenúfares colmadas de comida. A ambos lados de la isla, el río Tunca se movía lentamente.

Independientemente de cómo hubiera sido, Murad –el fallecido padre de Mehmed y el antiguo benefactor de Radu– jamás había escatimado en lujos. El harén que había edificado en la isla estaba fuera de uso desde su muerte, pero el esplendor no se había desvanecido. Los cerámicos brillaban, los muros de piedra tallada prometían refinamiento y comodidad, y las fuentes tintineaban al son del río circundante.

Radu deambulaba por entre las construcciones pintadas como jardines geométricos, arrastrado por la misma determinación que el cauce del río. Aunque fuera consciente de que lo que estaba haciendo no tenía ningún sentido y tampoco lo haría sentirse mejor, de todos modos, continuaba en la búsqueda.

Y allí... junto a los baños, Radu se sintió atraído hacia él como un remolino de hojas sobre la corriente del río. Mehmed llevaba las túnicas de color púrpura profundo y el turbante dorado en forma de espiral. Una cadena enojada le fijaba el manto alrededor de los amplios hombros. Radu

intentó recordar la manera en que Mehmed separaba los labios carnosos para esbozar una sonrisa y el modo en que alzaba las cejas con júbilo y no en señal de burla. Ambos jóvenes habían terminado de desarrollarse y habían alcanzado la misma altura esbelta, pero, últimamente, Radu se sentía pequeño cada vez que Mehmed lo miraba.

Hubiera experimentado la misma sensación ese día, pero Mehmed, ajeno a la atracción de la que Radu no podía escapar, no miró en su dirección.

—Verdaderamente glorioso—dijo el gran visir Halil a Mehmed con las manos en las caderas, mientras alzaba la vista hacia el nuevo complejo de baños. En los últimos meses, se habían añadido tres edificios conectados entre sí, cuyos techos abovedados recordaban a los de las mezquitas. Eran las primeras construcciones que anticipaban el grandioso palacio de Mehmed. Su intención era competir con todas las edificaciones que había erigido su padre... mejor dicho, ganarle a *cualquier* edificio que se hubiera construido antes. Para celebrar esta inversión en la capital del Imperio otomano, Mehmed había invitado a todas las personalidades importantes de la época.

Los embajadores de varias naciones europeas se entremezclaban libremente con la elite otomana. Mehmed se mantenía apartado, pero era generoso con sonrisas y promesas de futuras fiestas que se organizarían en el palacio. Además de los asistentes habituales, Mehmed se encontraba junto a Ishak Pasha, uno de sus spahis más poderosos; Kumal Pasha, el cuñado de Radu; y, como de costumbre y al igual que un sabor amargo imposible de remover, el gran visir Halil.

Radu detestaba que su antiguo enemigo Halil Pasha ahora fuera el gran visir Halil. Y detestaba aún más que hubiera sido idea suya el hecho de colocar a Halil en una posición de confianza y poder para tener la posibilidad de vigilarlo de cerca. Tal vez Lada había estado en lo cierto. Tal vez deberían haberlo asesinado. Todo hubiese sido más sencillo o, al menos, más agradable. Radu debería estar ocupando ese puesto junto a Mehmed.

Como si hubiera percibido la envidia venenosa de Radu, el gran visir Halil se volvió hacia él.

–Radu, el Hermoso–expresó, con la boca torcida en una sonrisa irónica.

Radu frunció el ceño. No había vuelto a escuchar ese apodo desde el final de la guerra en Albania cuando Skanderberg, su adversario, lo había acuñado. Mehmed le echó un vistazo y, ni bien entrecruzaron miradas, se apartó al igual que una mariposa que se posa sobre una flor y la encuentra insuficiente.

–Dime –dijo Halil, con aquella sonrisa desagradable todavía fija en el rostro barbudo–. ¿Acaso tu hermosa esposa está al tanto de que este harán aún no está en funcionamiento? Temo que sus esperanzas de entrar se vean frustradas.

Los hombres que rodeaban a Halil lanzaron una risita. Kumal frunció el ceño y abrió la boca pero, cuando Radu sacudió la cabeza, miró hacia otro lado con cierta tristeza. Mehmed no acusó recibo del insulto –la inferencia de que la mujer de Radu ingresaría al harén de Mehmed para divorciarse de Radu–, y tampoco hizo nada para refutarlo.

–Mi esposa no es... –una mano gentil se posó sobre su brazo. Radu se volvió para toparse con Nazira, quien no debería estar allí.

–Su esposa no está de acuerdo con que otra persona monopolice su atención –debajo del velo traslúcido, ella sonreía con más intensidad que el sol de invierno. Estaba vestida con los colores de la primavera, pero, aun así, Radu sintió frío al verla. ¿Qué estaba haciendo allí?

Nazira apartó a Radu del grupo de hombres y lo condujo por un sendero revestido con más cantidad de seda que la que la mayoría de la gente ve a lo largo de la vida. Era extravagante, excesivo y absurdo, al igual que todo lo que decoraba la disparatada fiesta. El claro reflejo de un sultán demasiado joven y estúpido como para ver más allá de las apariencias y de sus propios placeres.

–¿Qué estás haciendo aquí? –susurró Radu de inmediato.

–Ven a dar un paseo en bote conmigo.

–¡No puedo! Tengo que...

–¿Soportar las burlas del gran visir Halil? ¿Tratar de recobrar el favor de Mehmed? Radu, ¿qué ha ocurrido? –Nazira lo atrajo hacia las sombras

de uno de los edificios. Para los observadores, daba la impresión de que el joven estaba disfrutando de un momento a solas con su hermosa mujer.

–Tengo negocios que atender –con los dientes apretados, miraba la pared que estaba por encima de la cabeza de ella.

–Tus negocios son mis negocios. Nunca nos escribes ni nos visitas. Me he enterado por Kumal de que te has distanciado de Mehmed. ¿Qué pasó? ¿Acaso le dijiste...? ¿Sabe la verdad? –sus ojos oscuros expresaban más de lo que Radu podía tolerar.

–¡No! Por supuesto que no. Eh... es mucho más complicado que eso –se apartó hacia un lado, pero ella lo tomó de la muñeca.

–Afortunadamente, soy muy inteligente y puedo comprender los asuntos más complejos. Cuéntame.

Con la mano libre, Radu se acariciaba los bordes del turbante y jalaba de él. Nazira levantó el brazo y entrelazó sus dedos con los de él.

–Estoy preocupada por ti –su mirada profunda se suavizó.

–No tienes que preocuparte por mí.

–No estoy preocupada porque te necesite, sino porque me importas. Quiero que seas feliz. Y no creo que *Edirne* te pueda brindar la felicidad que mereces –hizo énfasis en *Edirne* para dejar en claro que no se refería a la capital en sí, sino a lo que... o mejor dicho, a quien... estaba en la capital.

–Nazira –siseó Radu–. No puedo hablar de esto ahora.

Hubiera deseado poder hacerlo. Estaba desesperado por hablar con alguien al respecto, con cualquiera, pero nadie podría ayudarlo con ese problema. A veces, Radu se preguntaba qué le habría dicho Lazar si hubiesen hablado abiertamente acerca de lo que significaba que un hombre amara a otro hombre. Lazar no se había comportado con discreción sobre su predisposición a que... ocurriera algo más... con Radu. Y Radu había recompensado la lealtad de su amigo con un cuchillo. Ahora no tenía a nadie con quién hablar ni a quién formularle las preguntas desesperadas que lo asfixiaban. Estaba mal que amara de esa forma, ¿verdad?

Pero, cada vez que Radu observaba a Nazira y a Fátima, no sentía más que felicidad de que se hubieran encontrado. El amor que se profesaban

ellas era igual de puro y verdadero que todos los que había presenciado. Pensamientos como aquellos hacían que la mente le diera vueltas en círculos sobre sí misma, hasta llegar al punto en que ni las plegarias podían calmarlo.

–Puede que no encuentre la felicidad en este palacio –Radu bajó la vista hacia las manos de Nazira sobre las suyas–, pero no puedo mirar hacia ningún otro lado.

–¿Regresarías a casa conmigo para pasar un tiempo allí? Fátima te echa de menos –Nazira lanzó un suspiro y lo soltó–. Puede hacerte bien estar afuera un tiempo.

–Tengo demasiadas cosas que hacer.

–¿Demasiados bailes y fiestas? –dijo ella en tono de burla, pero el brillo de sus ojos no expresaban eso. Las palabras de ella lo hirieron en el alma.

–Sabes que soy más que eso.

–Sí, pero tengo miedo de que te olvides. No tienes que hacerte esto a ti mismo.

–No me estoy haciendo nada ni tampoco lo estoy haciendo por mí. Simplemente, maldita sea. Demonios, demonios, demonios –Radu se quedó observando a un hombre vestido con uniforme de la marina (una capa resistente, un turbante más pequeño y estrecho que los que usaban los soldados comunes y corrientes, y una faja con los colores de Mehmed) que pasaba junto a ellos, acompañado por uno de los amigos de confianza del gran visir Halil.

–¿Qué? –Nazira siguió la mirada de Radu.

–Tengo que hablar con ese hombre sin que nadie nos escuche. Es el único motivo por el que estoy aquí.

–¿De verdad? –de pronto, ella estaba emocionada–. ¿Acaso es...? –alzó las cejas de manera sugestiva.

–¡No! No. Solamente necesito hablar con él en privado.

–¿Los pueden ver juntos? –la sonrisa de Nazira se transformó en un ceño pensativo.

–Sí, pero no puede parecer que nos encontramos adrede ni que estamos

discutiendo algo importante. Esperaba hallar algún momento tranquilo para hacerlo, pero hay demasiadas personas. Desde que vino a la capital, no ha estado a solas. El gran visir Halil se ha encargado de que fuera así.

–Entonces, tu presencia en esta fiesta es más complicada de lo que creí.

–Mucho más complicada –Radu apretó los dientes.

–Bueno, eres muy afortunado de haberte casado tan bien –Nazira le puso una mano sobre el hombro y lo condujo hacia el sendero–. Háblame sobre él.

–Su nombre es Suleiman y es el nuevo almirante de la flota.

–Esto será muy sencillo –rio Nazira.

Ella bailaba sin esfuerzos y se desplazaba de un grupo hacia el otro con una sonrisa modesta y coqueta, y amables palabras para todos. Últimamente, Radu se encontraba al margen de las fiestas, a diferencia de antes que había sido el foco de atención de esta clase de eventos. Pero, ahora que tenía a Nazira del brazo, más personas estaban dispuestas a entablar una conversación con él. En un determinado momento, estiró el cuello para echar un vistazo a Suleiman, pero Nazira le pellizcó el brazo con fuerza.

–Paciencia –le susurró.

Luego de varias paradas más para hablar con el tío del fallecido padre de la mejor amiga de ella, con el primo de la difunta esposa de Kumal, y con muchas otras personas a las que Nazira trataba con encanto y respeto sin reparar en el lugar que ocuparan dentro de la jerarquía social otomana, se estrellaron directamente contra Suleiman. De alguna forma, Nazira se las había arreglado para que Radu empujara al hombre al suelo.

–Oh –chilló Nazira, al mismo tiempo que se cubría la boca velada con las manos–. ¡Lo siento mucho!

–Le ruego que me perdone –Radu extendió la mano para ayudar al hombre a incorporarse. No se habían conocido antes, pero los ojos de Suleiman se posaron sobre la insignia dorada en forma de navío que Radu llevaba en la capa.

–Por supuesto –Suleiman hizo una reverencia–. Soy Suleiman Baltoghlu.

–Radu –también hizo una reverencia.

–¿Radu...? –Suleiman hizo una pausa, expectante.

–Solo Radu –el joven sonreía con tensión. Lada lo había dejado atrás, envuelta en el manto de la familia Draculesti, pero Radu había renunciado al apellido de su padre y jamás lo volvería a utilizar–. Ella es mi esposa Nazira.

–Las esposas son más hermosas en Edirne que en Bursa –Suleiman la tomó de la mano, e hizo una reverencia más pronunciada.

–Eso es porque el viento sopla con demasiada fuerza en las ciudades con puertos –Nazira sonrió, radiante de orgullo–, y las pobres mujeres tienen que gastar todas sus energías en tratar de mantenerse en pie. No hay tiempo para la belleza.

Suleiman lanzó una profunda carcajada que llamó la atención de los presentes, quienes se centraron en Nazira y en él, pero no en Radu.

–Cuénteme, ¿qué es lo que hace en Bursa? –preguntó ella.

–Soy almirante.

–¡Barcos! Ay, amo los barcos. ¿Ha visto eso? –Nazira señaló una colección de delicados navíos que se balanceaban sobre el río. Tenían formas fantásticas y extravagantes. Uno de ellos tenía la proa como la cabeza de una rana, y los remos a ambos lados, como si fueran pies palmeados. Otro parecía una galera de guerra, con pequeños remos decorativos que sobresalían a los costados–. Radu teme que, si salimos a navegar, no podamos regresar a la costa. Pero si tuviéramos un almirante con nosotros... –Nazira observó a Suleiman a través de sus gruesas pestañas.

–Estoy a su servicio –Suleiman los condujo hacia el muelle y ayudó a Nazira a subir a un barco en forma de garza real. Una cabeza sobre un cuello largo y delgado señalaba hacia adelante, y dos alas de sedas se extendían a ambos lados. La cola consistía en una cubierta arqueada para proteger del sol a los pasajeros, pese a que no hacía tanto calor como para que fuera necesaria.

–¡Esto es precioso! –Nazira lanzó un suspiro, embelesada, al mismo tiempo que se inclinaba hacia un costado para rozar el agua con una mano. Radu no estaba tan encantado como su mujer, ya que detestaba los barcos, pero le esbozó una sonrisa secreta. Ella había hecho el trabajo por él.



Suleiman tomó los remos y Radu se acomodó con cautela en la parte posterior del pequeño bote.

–Voy a hablar alegremente y a agitar las manos sin cesar –expresó Nazira, mientras se alejaban del muelle y de los oídos curiosos e indiscretos–. De hecho, voy a hablar tanto durante todo el paseo que ustedes dos no podrán hacer ningún comentario.

Continuó con su monólogo... en silencio. Sacudía la cabeza de abajo hacia arriba, reía y, con las manos, marcaba frases imaginarias. Los espectadores hubieran jurado que estaba entreteniéndolo a Suleiman, mientras Radu se esforzaba por mantener el estómago en su lugar.

–¿Qué tan pronto pueden construir las nuevas galeras? –murmuró Radu, aferrándose a los costados del barco.

–Podemos construir barcos tan pronto como él pueda recaudar fondos –Suleiman se encogió de hombros como si estuviera intentando relajarlos por la actividad que le exigían los remos.

–Nadie puede saber cuántos navíos tenemos.

–Fabricaremos algunas galeras en Bursa para mostrar, a fin de que parezca que estoy haciendo algo. El resto lo fabricaremos en secreto, en un astillero privado de los Dardanelos. Pero necesitamos hombres. Podemos tener todos los barcos del mundo pero, sin marineros bien formados, serían igual de útiles que el bote en el que estamos ahora mismo.

–¿Cómo podremos adiestrar a tantos hombres en secreto? –si reclutaran hombres para un navío, alguien lo advertiría. Una serie de barcos nuevos podrían atribuirse al capricho imprudente de un sultán inmaduro, pero una armada completa con los tripulantes para navegarla sería algo muy distinto.

–Denme los fondos para contratar a navegantes griegos, y yo le proporcionaré la mejor armada del mundo –dijo Suleiman.

–Así será –Radu se reclinó sobre un costado, evitando apenas los movimientos agitados.

–Hagas lo que hagas, mantenla cerca –Suleiman se echó a reír ante una nueva pantomima de Nazira–. Es un verdadero tesoro.

–Lo soy –esta vez, la carcajada de Nazira era sincera.

Radu no tuvo que fingir el alivio que sintió cuando Suleiman puso fin al paseo alrededor de la isla y los trajo de regreso al muelle. Bajó a trompicones, agradecido de encontrarse de nuevo sobre tierra firme.

–Su esposo tiene un estómago débil –expresó Suleiman, al mismo tiempo que ayudaba a Nazira a descender del bote.

–Sí, es bueno que sea tan atractivo –Nazira dio una palmadita a Radu en la mejilla y, con mucha elegancia, saludó a Suleiman agitando una mano–. ¡Nuestra flota está en las mejores manos!

–¡Mis pequeños botes en forma de ave serán el terror de los océanos! –Suleiman rio con ironía, hizo una reverencia de manera dramática y se alejó.

–Gracias –dijo Radu, permitiendo que Nazira lo llevara a la fiesta y, luego a un rincón aislado, donde se sentaron en un banco, de espaldas al muro de los baños–. Eres brillante.

–Sí, lo soy. Ahora dime lo que realmente está pasando.

–Estoy... estamos... esto es muy secreto.

Nazira puso los ojos en blanco, exasperada.

–Estoy ayudando a Mehmed con sus planes de conquistar Constantinopla. Tenemos que trabajar en secreto para que Halil Pasha... –Radu se detuvo. El nuevo título de Halil siempre le generaba un sabor amargo en la boca. *¿Por qué* había insistido en que a Halil lo elevaran de pasha a gran visir?– ... para que él no descubra nuestros planes a tiempo como para sabotarlos. Sabemos que sigue asociado con el emperador Constantino. Me alejé del círculo íntimo de Mehmed de forma deliberada. Tengo que parecer poco importante; de esa manera, podré organizar cosas en las que Mehmed no puede mostrarse interesado, como el asunto de la armada. Todo lo que hacemos en público es para desviar la atención de sus verdaderos objetivos. Hasta esta fiesta es una farsa, para mostrar que Mehmed es frívolo y que solo le importa Edirne. ¿Por qué invertiría tanto dinero en un palacio si tiene la intención de establecer la capital en otro sitio?

–Pero si todo lo que haces es en secreto, ¿acaso no puedes continuar haciéndolo y además ser uno de sus consejeros?

–Mis acciones llamarían demasiado la atención si estuviera siempre al lado de Mehmed.

–No si se supiera que eres simplemente su amigo. Los sultanes suelen tener amigos cercanos que no son necesariamente importantes, pero sí muy queridos –Nazira bajó la vista, con el rostro acongojado pero decidido–. ¿Alguna vez te has preguntado si, tal vez... Mehmed comprende más de lo que tú piensas y que este distanciamiento no sea una estrategia sino un acto de bondad de su parte?

–No –Radu se puso de pie con tanta rapidez que casi pierde el equilibrio.

–No es tonto. Si yo he advertido tus sentimientos en una sola tarde, estoy segura de que él ha visto lo mismo durante todos los años que pasaron juntos.

Radu alzó una mano, como si, de esa forma, pudiera hacer que Nazira tragara las palabras que había pronunciado para que la conversación jamás hubiera existido. Si Mehmed comprendía verdaderamente cómo se sentía él, entonces... era demasiada información con la cual lidiar. Había demasiadas preguntas que no tenían las respuestas que Radu deseaba.

–Quizás tu hermana fue muy sensata al irse, porque se dio cuenta de que un sultán nunca podría darle lo que ella necesitaba.

–Elijo quedarme porque mi vida está aquí –el plan de Mehmed tenía sentido. Era la única salida que tenía y era por eso que había optado por ella–. Lada se fue porque quería el trono y lo consiguió.

A veces se preguntaba qué hubiera ocurrido si él no hubiese presionado a Lada para que los abandonara el año pasado. Había pronunciado las palabras exactas que ella necesitaba escuchar para tomar la decisión de abandonar a Mehmed... y a Radu. Había sido una jugada oscura y desesperada. Una jugada que él creyó que lo acercaría más a Mehmed.

Había apartado a Lada, y ella había ido en busca de Valaquia y de la gloria, es decir, de todo lo que siempre había deseado, sin siquiera echarle una segunda mirada al hombre que supuestamente amaba... ni a su patético hermano. A pesar de la presunta inteligencia que lo caracterizaba, Radu no podía asegurarse el mismo final feliz que le había regalado a su hermana.

Si Lada hubiera continuado allí, ¿el plan de distancia obligada seguiría en pie o ella hubiera ideado otra alternativa para neutralizar a Halil, que hubiese permitido que Radu mantuviera su amistad con Mehmed y no tuviera que quedarse solo todas las noches mientras se preguntaba cuándo llegaría el futuro que anhelaba? Él ni siquiera sabía en qué consistían esos anhelos o esperanzas.

La esperanza era como una flecha que nunca cesaba de perforarle el corazón.

Independientemente de los planes establecidos, Mehmed hubiera podido hacer lo que decía Nazira. Hubiera podido inventar excusas para que él y Radu tuvieran la posibilidad de hablar frente a frente, en vez de comunicarse con mensajes encubiertos. Había muchas cosas que Mehmed podía hacer y no hacía y, probablemente, jamás haría. Si Radu se obsesionaba con esas cosas, seguramente enloquecería.

–Todo está bien –Radu esquivó la mirada de Nazira–. Todo está como siempre estuvo y estará. Una vez que conquistemos Constantinopla, volveré a estar a su lado como amigo –la voz le tembló al pronunciar la última palabra, lo cual lo traicionó.

–¿Será suficiente? –preguntó ella.

–Tendrá que serlo –Radu intentó sonreír, pero era inútil fingir frente a Nazira. Por lo tanto, se inclinó hacia adelante y besó la frente de su esposa–. Saluda a Fátima de mi parte. Tengo mucho trabajo que hacer.

–Sin mí, será imposible. Necesitas un aliado –Nazira se puso de pie y tomó el codo de Radu con firmeza.

Radu lanzó un suspiro. Ella tenía razón. Se sentía extremadamente solo y perdido. No quería pedirle a Nazira semejante favor, pero lo cierto era que no se lo había pedido. Ella se había presentado por sus propios medios y le había dicho cómo serían las cosas. Evidentemente, esa era su forma de ser y él se sentía agradecido por ello.

–Gracias.

Regresaron juntos a la fiesta, que a Radu ya no le parecía un infierno, sino más bien un juego. Nazira saludaba deliberadamente a todas las personas

que ya no deseaban hablar con Radu porque había perdido el favor del sultán. Lo hacía para incomodar a la gente, y él la adoraba por ello. Era encantador observar cómo aquellos que, tiempo atrás, pedían a voces contar con su favor y que ahora lo esquivaban, avergonzados, se esforzaban por ser corteses con él. Radu se estaba divirtiendo mucho y, además, tenía buenas noticias para Mehmed, lo cual equivalía a que tendría una excusa para escabullirse dentro de sus aposentos y dejarle un mensaje.

Se estaba riendo justo cuando se topó con unos fantasmas del pasado...

Aron y Andrei Danesti, sus enemigos de la infancia. Lo invadieron recuerdos de puñetazos en medio del bosque, que habían sido detenidos por la ferocidad de Lada. Radu no había sido capaz de enfrentarlos por sí mismo, pero había ideado otra alternativa. La última vez que los había visto, los habían azotado en público por ladrones. Les había tendido una trampa en represalia por la crueldad que habían ejercido con él.

El tiempo los había estilizado. Aron era delgado y de apariencia enfermiza. Tenía el bigote y la barba ralos e irregulares. Andrei, de aspecto saludable y hombros anchos, se había desarrollado mejor, pese a que había algo receloso en la expresión que no había estado antes del engaño de Radu. Radu sintió una punzada de culpa por el hecho de que sus acciones se hubieran grabado con tanta profundidad en rostros ajenos. Cuando Aron sonrió, Radu advirtió cierta bondad en la mirada de él que no había visto en su niñez.

Pero, aparentemente, el tiempo había sido más duro con Radu que con los rivales Danesti, o bien el turbante y las vestimentas otomanas lo encubrían por completo. En ambas sonrisas –la de Andrei, cautelosa; y la de Aron, bondadosa– no había rastro alguno de reconocimiento.

Nazira se presentó alegremente. Radu resistió la tentación de protegerla. Seguramente, no eran los mismos matones que habían sido de pequeños.

–¿De dónde son? –preguntó ella.

–De Valaquia –respondió Andrei–. Estamos aquí con nuestro padre, el príncipe.

Un sonido similar al rugido del viento invadió los oídos de Radu.

–¡Oh, qué coincidencia! –se le iluminó el rostro a Nazira–. Mi esposo es...

–Les pido disculpas, pero nos tenemos que ir –Radu la jaló del brazo y se apartó con tanta velocidad que Nazira tuvo que correr para seguirle el ritmo. Ni bien dobló en una esquina, Radu se dejó caer contra la pared, completamente abrumado. El padre de ellos... un Danesti... era el príncipe de Valaquia, lo cual equivalía a que Lada no había tomado el trono. Y si estaban aquí ofreciendo sus respetos, Mehmed *sabía* que Lada no lo había logrado.

¿Qué otra información tenía Mehmed que no le había contado a Radu?

Por primera vez en mucho tiempo la pregunta principal no giraba en torno a Mehmed. Durante todos estos meses, Radu no le había escrito a Lada, porque ella no se había comunicado con él y porque detestaba que ella obtuviera lo que deseaba y lo dejara sin nada, como de costumbre.

Pero, aparentemente, él se había equivocado.

*¿Dónde estaba Lada?*

